

MARTÍN LUIS GUZMÁN

Obras completas

III

Prólogo

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

CAPÍTULO V

PANCHO VILLA CONOCE A DON ABRAHAM GONZÁLEZ Y SE LANZA A LA REVOLUCIÓN MADERISTA PARA PELEAR EN BENEFICIO DE LOS POBRES

José Sánchez.—La casa de Villa en Chihuahua.—El sentimiento de la patria.—Don Abraham González.—Don Francisco I. Madero.—La muerte de Claro Reza.—Villa junta su gente en la Sierra Azul.—Los primeros quince hombres.—Una cena con don Abraham González.—Cástulo Herrera.—El discurso de Pancho Villa.—Hacia la Revolución.

Yo peregrinaba sin descanso en compañía de José Sánchez y de mi compadre Eleuterio Soto. Íbamos de Chihuahua a San Andrés, y de allí a Ciénega de Ortiz, para encaminarnos a San Andrés de nuevo, y para andar otra vez nuestro camino de Chihuahua. Viéndome siempre perseguido, manteniéndome siempre oculto, desconfiaba de todos los hombres y de todas las cosas. A cada instante temía una sorpresa, una emboscada.

En Chihuahua, que era donde parábamos más veces, empecé a tener por aquel entonces una casa habitación. La dicha casa no era más que un solar, aunque grande, situado en la calle que se nombra Calle 10a., número 500, y en el cual había tres piezas de adobe, blanqueadas de cal, una cocina muy chiquita y un machero grande para mis caballos. Yo mismo había levantado las bardas del corralón. Yo había construido las caballerizas, y el abrevadero, y el pesebre.

Aquella casa, que hoy es de mi propiedad, y que he mandado edificar de nuevo, aunque modestamente, no la cambiaría yo por el más elegante de los

palacios. Allí tuve mis primeras pláticas con don Abraham González, ahora mártir de la democracia. Allí oí su voz invitándome a la Revolución que debíamos hacer en beneficio de los derechos del pueblo, ultrajados por la tiranía y por los ricos. Allí comprendí una noche cómo el pleito que desde años atrás había yo entablado con todos los que explotaban a los pobres, contra los que nos perseguían, y nos deshonraban, y amancillaban nuestras hermanas y nuestras hijas, podía servir para algo bueno en beneficio de los perseguidos y humillados como yo, y no sólo para andar echando balazos en defensa de la vida, y la libertad, y la honra. Allí sentí de pronto que las zozobras y los odios amontonados en mi alma durante tantos años de luchar y sufrir se mudaban en la creencia de que aquel mal tan grande podía acabarse, y eran como una fuerza, como una voluntad para conseguir el remedio de nuestras penalidades, a cambio, si así lo gobernaba el destino, de la sangre y la vida. Allí entendí, sin que nadie me lo explicara, pues a nosotros los pobres nadie nos explicaba las cosas, cómo eso que nombran patria, y que para mí no había sido hasta entonces más que un amargo cariño por los campos, las quebradas y los montes donde me ocultaba, y un fuerte rencor contra casi todo lo demás, porque casi todo lo demás estaba sólo para los perseguidores, podía trocarse en el constante motivo de nuestras mejores acciones y en el objeto amoroso de nuestros sentimientos. Allí escuché por vez primera el nombre de Francisco I. Madero. Allí aprendí a quererlo y reverenciarlo, pues venía él con su fe inquebrantable, y nos traía su luminoso Plan de San Luis, y nos mostraba su ansia de luchar, siendo él un rico, por nosotros los pobres y oprimidos.

Y sucedió, que viniendo yo una vez a concertarme con don Abraham González en mi casa, y estando allí reunido con José Sánchez y Eleuterio Soto, nos vimos sitiados por una fuerza de veinticinco rurales al mando de Claro Reza.

Quién era aquel individuo lo voy a decir. Había pasado por amigo mío y compañero, y me debía favores de ayuda y consideración. Un día, preso él en la cárcel por el robo de unos burros, pensó que la manera más pronta para el logro de su libertad era poner carta a don Juan Creel diciéndole que se comprometía a entregar en manos de la justicia a Pancho Villa, el famoso criminal de Durango que tantos daños estaba causando al estado, a condición de que por esa entrega suya, a él lo pusieran en libertad y lo dieran de alta en el cuerpo de rurales. Y no vaciló en consumir aquella negra traición. Pero como siempre he tenido amigos en el campo y en los poblados, no me faltó esta vez

un rural, nombrado José (del apellido no me recuerdo), que me contara inmediatamente cómo llevaban muy buen camino las agencias de Claro Reza, y por eso pude librarme entonces de mis perseguidores.

Aun sabiendo aquello, no logré impedir que mi compadre Eleuterio Soto, José Sánchez y yo nos viéramos sitiados en mi casa por la gente de Reza, ese mal hombre, y que al mirarnos así me turbara yo en mi ánimo. Porque no era sólo que corriéramos grande peligro al ser atacados por un antiguo compañero, conocedor de todos nuestros pasos. Es que se nos revolvía la cólera en nuestro cuerpo, y nos sacudía la indignación, de ver cómo correspondía aquel canalla los servicios que le había yo hecho.

Toda la noche nos la pasamos en guardia; mas cuando a eso de las cuatro de la madrugada nos aprontábamos a combatir, propuestos a matar o a que nos mataran, descubrimos con sorpresa cómo nuestros sitiadores se retiraban mansos y quedos y nos dejaban en paz.

Dijo mi compadre Eleuterio Soto:

—Así nos paga este traidor lo que con él y por él hemos sufrido. Yo le pido, compadre, que nos deje ir a buscarlo y a matarlo.

Le contesté yo:

—Sí, compadre. Es muy justo su deseo. Si usted quiere, iremos a buscar a Claro Reza, mas ha de ser con la condición de que lo hemos de matar dondequiera que lo hallemos, masque sea en el Palacio de Gobierno. ¿Le parece, compadre?

Él me dijo:

—Sí, compadre. Me parece.

Convenidos en todo, nos fuimos a amanecer en la Presa de Chuvízar. Luego, muy de mañana, y perfectamente montados, armados y municionados, según siempre andábamos, nos dedicamos a sólo buscar a Claro Reza, empezando nuestra exploración por la Avenida Zarco de la ciudad. Y es lo cierto que la buena suerte nos alumbraba. Porque fue en la dicha Avenida Zarco, en un expendio de carne situado frente a “Las Quince Letras”, donde, como si no viéramos a nadie, divisamos la persona de Claro Reza.

En viéndolo, una lluvia de balas le cayó en el cuerpo. A los disparos, en pleno día y en lugar de mucho movimiento, corrió la gente y empezaron a juntarse y arremolinarse los que querían ver el cadáver. Pero nosotros estábamos de ánimo para matar a todos los que se nos pusieran delante. Al paso fuimos saliendo por entre el gentío, que crecía a cada momento, y cuando así fuera, y aunque todos nos miraban, nadie se atrevía a detenernos. Y lo que

sucedió fue que muy tranquilos nos alejamos nosotros por aquella avenida, sin que hombre alguno diera un paso para embarazarnos en nuestro camino.

Poco después, ya nosotros algo lejos, salieron a perseguirnos unos soldados, que, según yo creo, todos iban pidiendo a Dios el fracaso de su persecución, pues en verdad que ni un momento tuvimos que arrear nosotros el aire de nuestras cabalgaduras.

Subimos a la Sierra Azul, hasta un punto que nombran La Estacada. Allí empezamos a reclutar gente para la Revolución Maderista. Desde luego, sin gran esfuerzo juntamos quince hombres de lo mejor.

Una tarde habló conmigo a solas Feliciano Domínguez, que era uno de los comprometidos. Me dijo él:

—Oiga usted, jefe. Mi tío Pedro Domínguez acaba de volver de Chihuahua, adonde fue a pedir una autorización para recibirse de juez de acordada. Dice que nos va a perseguir sin descanso, y a mí me parece muy peligroso que se reciba de juez. Yo lo siento mucho, jefe, porque es mi tío, y muy buena persona, y muy valiente; pero creo, por el bien de nuestra causa, que hay que matarlo. Mi tío Pedro Domínguez vive en el rancho del Encino.

Le respondí yo:

—Está usted en lo justo. Tenemos que acabar con todos esos hombres que sin oír la voz del pueblo ni la de su conciencia sostienen la tiranía y son origen de los muchos sufrimientos de los pobres. Ahora mismo, amiguito, tomamos ocho hombres y nos vamos al rancho del Encino para quitarle a su tío todas esas ideas.

Así fue. Dejamos el resto de la gente en el campo de La Estacada, y yo y aquellos nueve hombres nos fuimos al rancho del Encino.

Cuando Pedro Domínguez nos vio bajar en dirección del dicho rancho, cogió su rifle y sus cartucheras y se aprontó a la defensa. Nosotros caímos derecho sobre la casa; pero Pedro, que era muy buen tirador, se parapetó detrás de una cerca y nos mató dos caballos. A uno de los nuestros, conforme lo vio salir por la puerta de la cocina, le puso una bala debajo de un ojo y lo dejó muerto. Entonces mi compadre Eleuterio Soto y yo nos echamos sobre la cerca, y en el momento en que uno de los muchos tiros de Pedro Domínguez vino a traspasarle el sombrero a mi compadre, yo le coloqué a nuestro enemigo una bala en la caja de su cuerpo.

Sintiéndose herido él, salió del cercado a la carrera, y conforme corría, yo y mi compadre le pegamos otros dos tiros más. Pero todavía así tuvo alientos

para brincar otra cerca, detrás de la cual cayó. Me acerqué yo entonces a quitarle el rifle, que él, ya sin fuerzas, no conseguía palanquear. Pero era de tanta ley aquel hombre, que tan pronto como me tuvo cerca se me prendió a las mordidas, y en aquel momento llegó mi compadre Eleuterio y lo remató con un tiro de pistola en la cabeza.

Conforme estábamos rematando a Pedro Domínguez, salió de la casa de la familia un viejecito. Corriendo hacia nosotros y amenazándonos con el puño, nos gritaba furioso sus palabras. Nos decía él:

—¡Bandidos! ¡Bandidos!

Hasta que uno de nuestros muchachos levantó el rifle, apuntó y lo dejó muerto del primer tiro.

Así terminó aquello. Mas es la verdad que al volver a La Estacada a reunirnos con nuestros compañeros, ya íbamos libres de la amenaza que para nuestros planes revolucionarios significaba el ahora difunto Pedro Domínguez.

Yo quería estar seguro de la calidad de los quince hombres que había escogido para que juntos conmigo lucháramos en la Revolución Maderista. Cuando conocí el ánimo de todos, y lo que valían, y para qué serían buenos, tomamos el rumbo de Chihuahua y fuimos a detenernos en el rancho de Montecillo, que está como a tres leguas de la capital.

Esa noche entré yo a la ciudad para considerar con don Abraham González las providencias tocante al levantamiento, que no tardaría mucho en ocurrir.

Él me dijo:

—Quiero, Pancho, que vengas a ocultarte con tu gente en alguna casa de la ciudad, para que desde allí me cuides. La policía me vigila mucho, y desconfío de que cualquier día los enemigos no me cojan y me metan a la cárcel.

Le contesté yo:

—Así lo haré, señor. Voy a traer la gente a mi casa de la Calle Décima. Mandaré que siempre le hagan a usted guardia dos de mis hombres, y todos los demás estaremos listos para que si, por desgracia, lo agarra la policía, nosotros lo saquemos de donde se encuentre y nos lo llevemos hacia la sierra.

Y así se hizo. Otro día siguiente, 4 de octubre de 1910, nos instalábamos en la casa número 500 de la Calle 10a. de Chihuahua yo y mis primeros muchachitos de la Revolución Maderista. Los nombres de aquellos hombres revolucionarios los voy a expresar: Francisco Villa, Eleuterio Soto, José Sánchez, Feliciano Domínguez, Tomás Urbina, Pánfilo Solís, Lucio Escárcega, Antonio

Sotello, José Chavarría, Leonides Corral, Eustaquio Flores, Jenaro Chavarría, Andrés Rivera, Bárbaro Carrillo, Cesáreo Solís y Ceferino Pérez.

Todos estábamos perfectamente armados y montados. Eran buenos los caballos, las monturas, los rifles, las pistolas; era bastante el parque. Los haberes de todos los pagaba yo de mi propio peculio, pues como jefe me correspondía la obligación de atender desde luego a que mis hombres no pasaran necesidad. Yo, que sabía mucho de lo que eran penalidades y privaciones andando por las quebradas de la sierra con fuerza enemiga a la espalda, sabía también que una tropa sólo vale cuando está segura de que será surtida en su necesidad. Por eso, desde aquella primera hora, yo comprendí que mi mayor obligación como jefe habría de consistir en que a mis muchachos no les faltara nada.

Decía, pues, que día y noche teníamos puesto el ojo en don Abraham González, y que estábamos prontos a defenderlo y a cualquier otra contingencia. Porque yo me daba bien cuenta de que corríamos allí muy grande peligro, lo mismo que don Abraham. La muerte de Claro Reza, aunque nos había librado del enemigo peor que podía salirnos en Chihuahua, y había hecho crecer en mucha gente la proporción de nuestro respeto, no bastaba para tranquilizarnos. Me decía mi compadre Eleuterio Soto:

—Ahora es cuando tenemos que andar con más tiento, compadre. Ahora los riesgos son mayores, porque ahora es cuando más falta podemos hacer. Y le respondía yo:

—Sí, compadre. Me hago cargo de la falta que yo pudiera hacer ahora que estamos para pelear en beneficio de los pobres.

El 17 de noviembre de 1910 fue don Abraham González a cenar con nosotros en mi casa de la Calle 10a., acompañado de Cástulo Herrera. Yo había sido presentado a don Abraham González, a virtud de su llamado, por mi compadre Victoriano Ávila, que era persona de toda mi confianza. En el poco tiempo que don Abraham llevaba tratándome no era fácil que se hubiera dado cuenta cabal de que yo, por mí mismo, podía llevar la campaña de la Revolución. Así pues, no me sorprendió mucho saber al fin de la cena cómo no era yo el nombrado para jefe de los hombres que había reunido y de otros más que había de reunir.

Don Abraham nos habló sus palabras con mucha emoción. Nos dijo él:

—Ha llegado el momento de emprender la campaña. Yo me voy al norte del estado, a Ojinaga, y tú, Pancho, te vas al sur. Saldrás para San Andrés a

organizar las fuerzas, y todos reconocerán como jefe a Cástulo Herrera, que está aquí presente. Espero, pues, que obedecerán sus órdenes y sabrán cumplir con su deber hasta morir, o hasta triunfar por la noble causa que perseguimos.

Le respondí yo:

—Señor, viva usted seguro que siempre será obedecido, y esté usted cierto que nosotros vamos a la lucha como revolucionarios conscientes, como hombres que saben que se batirán por el bien del pueblo y de los pobres, contra los ricos y poderosos, y que por ser ignorantes, pues nadie los ha enseñado, necesitan que los que más saben los manden y los guíen. Le aseguro, don Abraham, que obedeceremos siempre las órdenes de Cástulo Herrera, y que nos mantendremos leales a nuestra causa, y que peharemos por ella hasta el último instante de nuestra vida.

Poco después, don Abraham nos abrazó cariñosamente a uno por uno. Y entonces todos nosotros, con la fe en el triunfo de la Revolución y un amor grandísimo por nuestra patria, que ya ansiábamos ver redimida de tantos males, emprendimos aquella misma noche del 17 de noviembre, fecha que yo considero memorable para el corazón de todos los mexicanos, la marcha hacia la sierra que nombran Sierra Azul.

Según íbamos dejando atrás las calles de Chihuahua, me brotaban las lágrimas, pues desde la noche que vi de lejos la casa donde velaban a mi madre, nunca me habían venido tantas ganas de llorar. Y es lo cierto que con trabajo acallaba yo unos gritos que me subían hasta la garganta. Porque yo hubiera querido gritar, para que mis compañeros me contestaran: ¡Viva el bien de los pobres! ¡Viva don Abraham González! ¡Viva Francisco I. Madero!

CAPÍTULO IX

PANCHO VILLA CONOCE A FRANCISCO I. MADERO Y ENTONCES PIENSA QUE SI TODOS LOS RICOS DE MÉXICO FUERAN ASÍ, NO HABRÍA REVOLUCIÓN

La gente de Pancho Villa.—Natividad García.—Satevó.—El compadre Fidel Ávila.—Javier Hernández.—Feliciano Domínguez.—Encarnación Márquez.—Lucio Escárcega.—José Chavarría.—El combate de La Piedra.—Los heridos federales.—El señor Madero.—Bustillos.—Madero en San Andrés.—La conferencia de Bustillos.—Hacia la frontera.

Según antes he contado, al verme solo en el sitio de la sierra donde habían quedado mis tropas me acosté a dormir.

Al amanecer ensillé mi caballo y empecé mi marcha rumbo al pueblo de San José, distante de allí unas nueve leguas. De aquel pueblo era uno de mis capitanes. Habiendo yo llegado al dicho pueblo como a las doce del día, me dirigí luego a la casa de aquel capitán, nombrado Natividad García, y allí lo encontré. Cuando le comunicaron mi visita, salió corriendo a recibirme, junto con cuatro soldados, y antes que yo tuviera tiempo de desmontar, los cinco me bajaron del caballo en brazos y me condujeron a la sala de aquella casa. Entonces fue el abrazarme y acariciarme todos y el darme y pedirme noticias de los sucesos de aquellos días.

Natividad García me explicó por qué se habían ido las tropas del lugar donde yo las había dejado. Me decía que al volver Albino Frías al campamento, se puso a contar cómo nos habían sorprendido los 150 dragones del 7º Regimiento en el rancho de Taráis, y cómo nos cercaron, y cómo los dos nos les habíamos tenido que echar encima para romper el cerco, en lo cual era

seguro que hubiera muerto yo, y que mi larga ausencia así lo demostraba. Y entonces ellos, mirándose sin su jefe, resolvieron en junta de oficiales abandonar la campaña y retirarse con la gente de sus pueblos y rancherías, y que por esa causa todos habían tomado su rumbo y yo no los había encontrado.

Dada aquella explicación, pregunté yo Natividad que si aún estaba en disposición de seguir la campaña bajo mis órdenes, a lo cual aquel capitán, levantándose de su asiento y con apariencia de hombre ofendido por mi pregunta, me contestó:

—Mi coronel, yo y todos los míos iremos gustosos con usted hasta la muerte. Si nos hemos dispersado es porque lo creíamos muerto. Pero mirando que por fortuna no ha sido así, no tiene más que ordenar, mi coronel, y será usted obedecido en el acto, como siempre.

Le contesté yo entonces levantándome también y dándole un abrazo en señal de que sabía agradecer. Esto le dije:

—Natividad, no podía esperar otra cosa de ti, y lo mismo digo de tus hombres. Anda, pues; reúne toda tu gente a la mayor brevedad posible y tenla lista para marchar, porque nos vamos mañana mismo en la madrugada.

Y lo que sucedió fue que a seguidas salió Natividad García a efectuar aquella orden, y que en dos horas quedaron reunidas sus fuerzas, pues al saberse mi aparición todos acudían llenos de entusiasmo a saludarme y todos me hacían presente la persistencia de su acatamiento y su lealtad.

La madrugada de otro día emprendimos la marcha rumbo a Satevó, que dista de San José veinticinco leguas. En aquel punto quería yo esperar a mi compadre Fidel Ávila, que era otro de los capitanes de mis fuerzas. Para eso, al pasar por Los Zancones, un rancho que así se llama, y en el cual vivía aquel compadre mío, le dejé un recado diciéndole que ya había resucitado el muerto, que su compadre Francisco Villa lo esperaba con su fuerza en Satevó. Y así fue. Otro día llegó allá mi compadre con toda su gente.

En Satevó establecí mi cuartel general. Dispuse desde luego mandar correos con comunicaciones: uno para la Ciénega de Ortiz, donde se encontraba el capitán Javier Hernández; otro a Santa Isabel, donde se encontraba el capitán Feliciano Domínguez; otro a San Andrés, donde se encontraban los capitanes Encarnación Márquez, Lucio Escárcega, José Chavarría y otros.

Luego puse en marcha el molino de aquel pueblo, para que a la llegada de los capitanes y sus fuerzas todos tuvieran suficiente harina con que abastecerse, pues no habían ellos de tardar mucho tiempo en reunir a todos sus hom-

bres, y todavía menos en ponerse a mi lado. Así sucedió. Cada uno de ellos, al recibir mi comunicación y sentirse convencido de que yo no había muerto, volvió a organizar su gente y marchó de prisa al sitio donde estaba mi cuartel general. Y la verdad es que todos llegaron pronto a recibir mis órdenes y a felicitarme de que me hubiera salvado, protestando su adhesión a la causa y el cumplimiento de su deber.

Conforme vi junto de nuevo el grueso de mis tropas, o sea, unos 700 hombres, ordené la marcha a San Andrés. Nos llevamos cuatrocientos costales de harina, y fuimos a pasar la noche de la primera jornada en el rancho de San Juan de la Santa Veracruz. Allí un correo me comunicó que por el camino de Chihuahua venía una fuerza federal con el objeto de batirme.

Aquel correo lo recibí como a las dos de la tarde. En el acto me ocupé de organizar mis fuerzas para ir a dar encuentro al enemigo, lo que pude lograr, como a una legua de aquel rancho, en La Piedra, un paraje que así se llama.

Se trabó un combate formal entre todas mis fuerzas y las tropas de la Federación, formadas por 150 hombres de caballería, al mando de un teniente coronel. Aquel teniente coronel murió. También murieron muchos de los soldados federales, y el resto, o sea menos de cincuenta hombres, se dispersó por el rumbo del Terrero, después de tres horas de fuerte lucha. Cuando levanté el campo quedaron en mi poder caballos, armas y municiones. De mis fuerzas había habido 23 muertos y 14 heridos.

Decidí entonces marchar a la Ciénega de Ortiz para poner en lugar seguro los heridos, tanto míos como federales. Allí permanecí cuatro días. Los heridos los hice transportar a un rancho que se nombra Rancho del Almagre y que se halla en el corazón de la sierra de La Silla, seguro yo de que allá nadie nos iría a buscar.

Cuando todas aquellas providencias mías quedaron cumplidas, me dirigí rumbo a San Andrés. Rendimos la primera jornada en Santa Isabel, donde nos recibió el pueblo con demostraciones de muy buen cariño y vivas al señor Madero y al Ejército Libertador.

Otro día siguiente continuamos nuestra marcha para San Andrés, distante de aquel otro pueblo unas nueve leguas. Llegamos a la una de la tarde. El vecindario nos recibió en las afueras de la población con expresiones de simpatía y muchas aclamaciones, y fue acompañándonos hasta dejarnos en los cuarteles que ya nos tenía dispuestos, en los cuales nos dio forraje para la caballada y suficiente bastimento para la tropa y la oficialidad. Porque, según

antes indico, los vecinos de San Andrés eran gente tan revolucionaria que todo cuanto tenían estaban propensos a dar en favor de nosotros los hombres de la Revolución.

Ocho días permanecimos allí sin que nada anormal nos ocurriera. Pasado ese tiempo recibí un propio del señor Francisco I. Madero, Presidente Provisional de la República Mexicana, el cual me mandaba decir que estaba en Bustillos, y que me trasladara yo sin mis fuerzas a esa hacienda, pero tomando antes mis mejores precauciones para evitar una sorpresa de los federales. Así lo hice. Efectué el viaje en seguida, y dos horas después estaba yo en la hacienda de Bustillos atento a ejecutar las órdenes que me diera el señor Presidente.

Conforme llegué, él me recibió y me hizo objeto de un trato de amistad cariñosa tan justiciera que yo no la podría olvidar. Sus palabras contenían mucha consideración para mí. Cuando no me acariciaba con lo que expresaba en ellas, lo daba a entender en la suavidad del modo con que me estaba mirando. Sintiendo eso yo, pensaba entre mí: "Este hombre es un rico que pelea por el bien de los pobres. Yo lo veo chico de cuerpo, pero creo que es muy grande su alma. Si fueran como él todos los ricos y poderosos de México, nadie tendría que pelear y los sufrimientos de los pobres no existirían, pues entonces todos estaríamos cumpliendo nuestro deber. Porque ¿cuál ha de ser la ocupación de los ricos si no trabajan por sacar de su miseria a los pobres?" Así pensaba yo.

Me dijo él:

—¡Hombre, Pancho Villa, qué muchacho eres! ¡Y yo que te creía un viejo! Quería conocerte para darte un abrazo por lo mucho que se habla de ti y por lo bien que te estás portando. ¿Cuánta gente tienes?

Le contesté yo:

—Setecientos hombres mal armados, señor Presidente.

Pero la verdad es que nuestra plática no duró mucho tiempo, pues habiéndole expuesto yo la facilidad con que en una noche podían trasladarse de Chihuahua a San Andrés las tropas federales, le dije luego que creía de prudencia volver pronto al frente de mis fuerzas para evitar cualquier sorpresa o para dirigir el combate.

Él me contestó:

—Está muy bien, Pancho; vete, y mañana en un tren voy a hacerte una visita. Estaré en San Andrés de diez a doce de la mañana.

Y entonces me despidió con un abrazo muy cariñoso.

Luego luego emprendí el regreso, con lo que en horas de la tarde llegué a San Andrés. Aquella noche mandé reunir una junta de oficiales en la cual tomé mis providencias y di mis órdenes para organizar otro día una arreglada formación. Porque deseaba yo recibir al señor Madero, que era el Presidente de nuestra República y el jefe de nuestra Revolución, tendiendo toda mi gente a caballo desde la estación del ferrocarril hasta el centro del pueblo.

Así se ejecutó. Cuando el señor Presidente bajó del tren, ya estábamos esperándolo allí las principales autoridades y yo, Pancho Villa. Fue recibido con gritos de ¡viva Madero!, ¡viva el caudillo de la democracia!, ¡viva la libertad!, ¡abajo la dictadura!, más otras aclamaciones así, a las cuales respondía él con muchos saludos de agradecimiento. Luego lo acompañé yo hasta subir en un *buggy* que ya estaba preparado, y de ese modo, estando yo junto de él y pasando los dos entre las filas de mis fuerzas, el señor Madero recorrió los tramos que van de la estación al pueblo y observó, hombre tras hombre, el estado de mi gente.

Llegamos hasta el palacio municipal, de donde luego salimos otra vez para trasladarnos al quiosco. Desde aquel lugar, el señor Presidente dirigió la palabra a mis fuerzas, que ya se encontraban allí, reunidas alrededor de la plaza. Oyéndolo se comprendía por qué aquel hombre podía mandarnos y guiarnos, y por qué todos los hombres revolucionarios estábamos obligados a triunfar o a morir con él. Mi gente lo escuchó queda y luego lo vitoreó con entusiasmo muy grande.

Acabado aquello, nos volvimos para la estación, siempre por delante mi gente, que no paraba de aclamarlo. Allí, en una humilde casa de junto a la estación, comimos con él, y mientras nosotros comíamos, mi tropa permaneció firme en señal del mucho respeto que le debíamos como Presidente y como jefe de nosotros los revolucionarios.

Cuando salió de aquella humilde casa para dirigirse a la estación, mi gente volvió a tributarle sus aclamaciones. Él aceptaba como con cariño; contestaba a todos mis soldados con los más amables de sus saludos.

Antes de tomar el tren me dejó sus órdenes. Me dijo él:

—Pancho, mañana te espero en Bustillos a las diez en punto de la mañana. No llesves contigo más que una pequeña escolta.

Y otro día siguiente, al presentarme ante él en la dicha hacienda, me habló así sus palabras:

—Pancho, te he citado aquí para que tengamos una conferencia Orozco, tú y yo.

Aquella conferencia se efectuó en seguida. Era para considerar si sería prudente el ataque a la capital de Chihuahua, a lo cual me opuse yo, exponiendo mis razones.

Dije estas palabras:

—Señor Presidente, según mi parecer, la toma de Chihuahua no debemos intentarla, pues carecemos de suficientes municiones para sostenernos en aquella ciudad. Hombres nos sobran y todos ellos son valientes. Esto lo prometo sin ninguna vacilación. Pero es lo cierto, señor, que sería buscar un fracaso no estimar bien nuestra falta de municiones. Así pues, creo en mi humilde opinión que debemos seguir haciendo la campaña con el sistema que nombran guerra de guerrillas, procurando siempre acercarnos a la frontera, donde nos abasteceremos de armas y parque, y entonces, conforme yo pienso, no habrá embarazos ningunos para intentar lo que ahora se pretende.

Me respondió él:

—Pancho, soy yo de tu mismo parecer, y creo que con esa táctica el triunfo de nuestra causa será completo.

Y entonces se dirigió a Pascual Orozco. Ésta fue su pregunta:

—¿Qué opina usted, don Pascual?

Pascual contestó:

—Eso me parece lo más acertado, señor Presidente.

Los tres de un solo parecer sobre el sistema de campaña que debía seguirse, el señor Madero nos manifestó que para efectuar más rápido el movimiento haríamos uso del ferrocarril. Me ordenó entonces que saliera para San Andrés a mirar el arreglo de todo lo necesario, y que disponía que mis fuerzas se embarcaran al día siguiente en dos trenes que él iba a enviarme.

Así lo hice. Marché en el acto a San Andrés, y conforme llegué, todas aquellas providencias quedaron cumplidas.

Según él lo había ordenado, otro día embarqué en los dos trenes mi caballada y mi gente y me puse en marcha hacia la hacienda de Bustillos. Cuando llegamos, las demás fuerzas estaban ya embarcadas. Entonces salimos todos hacia San Pedro, pero no conseguimos llegar hasta allá porque la fuerza de las máquinas no era bastante para arrastrar los carros del convoy, que resultó muy pesado. O sea, que con muchos trabajos fuimos a amanecer en San Antonio de los Arenales, un punto que así se llama y que está a cinco leguas de Bustillos.

Mirando aquello, otro día siguiente decidimos cambiar el movimiento. Pensamos que las máquinas, remolcando por partes el convoy, lo podrían lle-

var hasta la estación de Pedernales, lugar donde termina lo más pesado del camino, que es de subida hasta allí, y que luego, siendo de bajada la otra parte, el convoy podría avanzar todo junto hasta Temósachic. Allí habían de esperarnos más locomotoras, para lo cual telegrafiamos diciendo que a nuestra llegada cuatro estuvieran listas.

Así se hizo, y así remediamos las dificultades de la noche anterior.

CAPÍTULO X

PANCHO VILLA SE CONVIERTE EN EL MÁS ESFORZADO EJECUTOR DE LAS ÓRDENES DEL SEÑOR MADERO

Las Varas.—Los jefes Salazar, García y Alaniz.—Una orden del señor Madero.—“¡Muchachos, a lo que venimos, venimos!”—El combate de José Orozco en Estación Bauche.—Raúl Madero.—Un tren de Ciudad Juárez.—La levantada del campo.—El sarape del señor Madero.—Los cien caballos de Villa.—Giusseppe Garibaldi y sus cien filibusteros.

En Temósachic enganchamos aquellas nuevas locomotoras, y luego seguimos nuestra marcha hasta Las Varas, donde nos apeamos todos del tren para dar un día de descanso a las tropas y a la caballada. Amaneciendo otro día siguiente, emprendimos la marcha pie a tierra hasta Pierson, punto que así se llama y en el cual nos aguardaban otros trenes.

Sólo mis fuerzas y yo salimos desde luego en aquellos otros trenes. Pero el señor Madero me ordenó que me detuviera en Estación Guzmán y apareara allí la caballada y la gente hasta que llegara a reunirse con nosotros el resto de la columna. Así lo hice.

A los tres días llegaron las otras fuerzas. Uno o dos días después, el señor Presidente me mandó llamar a su alojamiento, que era la estación. Conforme llegué ante él, me cogió del brazo y salió andando conmigo por la vía del ferrocarril hasta encontrarnos fuera de las líneas de las tropas. Aquel era paraje donde nadie nos escuchaba. Entonces se expresó él conmigo en los siguientes términos:

—Pancho, ya no hallo qué hacer. Ya no como ni duermo tranquilo. Los jefes Salazar, García y Alaniz me mandan cartas altaneras, tratando de desconocerme, y hacen propaganda entre la tropa para lograr su propósito. A Orozco le he ordenado dos veces que desarme esa gente, pero él me contesta que al consumarlo tendrá que correr mucha sangre. ¿Tú qué dices de esto, Pancho?

—Señor Presidente, yo hago lo que usted me ordene. Si usted me manda que desarme esos jefes, los desarmo a ellos y a sus tropas. Yo le prometo que no pasará de haber ocho o diez muertos, a lo sumo.

Y él me dijo entonces:

—Pancho, no queda otro remedio que hacerlo. Hazlo tú.

Acabada aquella plática secreta, acompañé a sus habitaciones al señor Presidente, y sin perder ni un segundo me dirigí a mi campamento. Mandé formar quinientos hombres de los mejores, poniendo a cada cien un capitán primero y un segundo. Luego, según estaban ya listos para la acción, les hablé en forma de poner su ánimo propenso a lo que íbamos a intentar. Porque hay horas de la guerra en las cuales un jefe, por grande confianza que tenga en su gente, no debe aventurarse a ciegas, es decir, sin amonestar antes a sus hombres sobre la certidumbre del peligro que les aguarda, pues sabiendo ellos entonces a lo que se exponen, crecen de espíritu y, si en verdad son buenos, entran en combate sin que los riesgos de la sorpresa los aminore.

Les dije yo aquella vez:

—Compañeritos, el ciudadano Presidente me ordena el desarme de las fuerzas de Salazar, García y Alaniz. Yo creo contar con ustedes para tan delicada misión, y espero que tanto los deseos del señor Presidente quedarán satisfechos, como serán ejecutadas al pie de la letra las órdenes que yo les voy a dar tocante a este negocio.

Y me contestaron todos:

—Se hará como usted ordene. Desarmaremos esas fuerzas.

Entonces mandé desfilar de dos en fondo, yo a la cabeza de mis hombres, y cerqué el campo de los referidos jefes. Luego, penetrando en el campamento pistola en mano, grité a mis tropas:

—¡Muchachos, a lo que venimos, venimos!

Que era la contraseña convenida.

Con grande energía, y a la voz de mando, el cerco que habíamos formado se abalanzó entonces sobre las fuerzas de Salazar, García y Alaniz. Y en cuatro minutos les quitamos todas sus armas y parque, y todo quedó en poder de mi

gente sin que hubiera habido un solo muerto, aunque sí uno que otro golpeado entre los que trataron de hacernos resistencia.

Una vez consumado aquel desarme, hice llegar a presencia del señor Presidente los jefes prisioneros. Le di cuenta de que su orden estaba cumplida sin muertos ni heridos, sino con sólo golpeados, y todas las armas y municiones en mi poder. Como el señor Presidente me diera orden de entregar a Orozco todas aquellas armas y parque, yo lo hice así y luego me retiré con mis fuerzas a mi campamento.

Otro día siguiente el señor Madero dispuso que José Orozco saliera con ciento cincuenta hombres por ferrocarril hasta la estación que se nombra Estación Bauche. Allí desembarcó el dicho jefe y trabó combate con las tropas que mandaron de Ciudad Juárez para batirlo; y como durara aquel combate toda la tarde, y Orozco viera que el asunto se le enturbiaba, envió unos correos al señor Presidente, diciéndole que necesitaba el auxilio de unos refuerzos.

El señor Madero me ordenó entonces que saliera yo con mis fuerzas rumbo a la referida estación, por la línea del ferrocarril. Yo empecé desde luego a embarcar cien caballos de los mejores y toda la tropa, y después de mandar el resto de mi caballada con diez hombres hacia Casas Grandes, marché al frente de mis fuerzas a prestar mi auxilio a José Orozco.

Logré llegar a Estación Bauche como a las doce de otro día siguiente, hora en que comenzaba el segundo combate. Desde luego tomé participación. Conforme desembarcaba mi tropa, la disponía yo y la destacaba en columnas para que entrara en acción combinada con la que ya estaba librando José Orozco. El fuego recreció de una manera formal desde la una de la tarde hasta las cinco, y hubo ocasiones en que parte y parte de ambas fuerzas llegaron a pelear cuerpo a cuerpo. Pero sucedió que a las cinco nosotros logramos desorganizarlos a ellos, y aprovechándonos de eso, entonces los obligamos a retirarse en desbandada rumbo a Ciudad Juárez, donde tal vez se juntarían de nuevo.

Como empezaba a entrar la noche, no nos fue posible levantar el campo, aunque sí recogimos las armas y municiones que los federales no pudieron recobrar en la violencia de su fuga. Es decir, que por el momento quedamos ignorantes de las bajas que había habido de una parte y de otra, pues sólo teníamos en nuestro poder cinco prisioneros de tropa; pero nos hallábamos en tan buenas posiciones que decidimos permanecer allí hasta otro día.

En este combate, librado el 16 de abril de 1911, tomó parte el hermano del señor Presidente, Raúl Madero, que se portó con bastante valor.

Aquella noche, como a las diez, vimos acercarse un tren que venía del norte. Creyéndola el grueso de la columna federal, que podía haber salido de Ciudad Juárez en su ánimo de auxiliar a las fuerzas que ya habíamos derrotado, resolvimos José Orozco y yo permanecer sobre nuestras posiciones y esperar a que amaneciera para entrar en combate.

Fue, pues, muy grande nuestra sorpresa y nuestra decepción al ver de madrugada que lo que nosotros suponíamos una fuerte columna era tan sólo una escolta de cincuenta hombres que llevaban un cañón y una sección de ametralladoras. Mirando ellos el estado del campo, que alumbraba a su vista la luz del alba, lograron así librarse de nosotros, pues si llegamos a sospechar lo que de veras resultó ser aquel convoy, de seguro que lo hubiéramos hecho nuestro.

Tan pronto como acabó de amanecer, empezamos a levantar el campo, y luego dimos sepultura a los cadáveres de unos y de otros. Federales eran cuarenta y nueve; nuestros, nueve muertos y veintitantos heridos. Pero como poco después vimos aproximarse una avanzada federal, tuvimos que suspender el final de aquella tarea. Es decir, que dejamos sin sepultura varios cadáveres.

Aquel día, al llegar el grueso de nuestras fuerzas, emprendimos por tierra la marcha al rancho que nombran Rancho de Flores, situado en la margen del río Bravo. Allí fuimos recibidos cariñosamente por las familias pobladoras, aunque llegábamos sin que nos acompañara el señor Madero. Porque el señor Presidente caminaba a pie, igual que todas las tropas, de modo que una parte de la gente hacía jornadas breves para servirle de escolta y no fatigarlo mucho en la travesía.

Otro día siguiente, despuntando la mañana, el señor Madero llegó al referido rancho con toda la sección de la columna entre la cual marchaba él. Iba tapado con un sarape pinto, que lo hacía confundirse con los hombres de la tropa, y debido al cual, al verlo, podía habersele tomado por un soldado cualquiera y no por el ciudadano Presidente de la República.

Ese día descansaron el señor Madero y el resto de la columna en aquel rancho, donde al entrar la noche nos presentamos los jefes a rendir el parte de las novedades ocurridas durante el día. Todos manifestamos entonces al señor Presidente que se nos acababa el agua, que la que había allí en un pequeño presón, pues ése era el único aguaje de que podía disponerse, había sido con-

sumida por mis cien caballos y todas las fuerzas. O sea, que no pudiendo continuar por eso en aquel paraje, se decidió entonces, por indicación del señor Presidente y con el acuerdo de todos los jefes, emprender al otro día nuestra marcha hasta venir a acampar en las meras orillas del río Bravo.

Se consumó el movimiento como a las doce del día. Llegaron primero al nuevo campamento las fuerzas de los demás jefes, que acompañaban al señor Madero, esperando las mías a que regresara yo de una exploración que se me había encomendado después de resolverse la mudanza. Yo, al frente de mis tropas, fui el último en llegar, todos mis hombres en arreglada formación, al campamento nuevo, que ya se había instalado. Según son mis recuerdos, eso pasaba el día 20 de abril de aquel año de 1911.

Me presenté yo al señor Madero para que me designara sitio donde acampar con mis fuerzas, y me dio él orden de hacerlo a la parte norte de Ciudad Juárez, río abajo del lugar que prestaba su asiento al grueso de la columna. Así se efectuó. Mi gente hizo campo casi a las puertas de la ciudad, y yo dicté mis providencias, y tomé todas mis precauciones para evitar alguna sorpresa del enemigo. Cada dos horas rendía al Cuartel General parte de las novedades que ocurrían.

Porque la situación de nuestra fuerza en aquel paraje presentaba tan grandes peligros y dificultades, que a no ser por los cien caballos que yo llevaba, nos hubiéramos visto obligados a retirarnos en busca de otro lugar mejor surtido de bastimento, pues allí no nos permitían pasar de los Estados Unidos ningún artículo de primera necesidad. Mirándolo yo, y considerando cómo la gente se encontraba sin lo más preciso para subsistir, propuse al señor Presidente y a Pascual Orozco que de mis cien caballos se hicieran cuatro escoltas, de veinticinco cada una, y que saliendo alternadas a Estación Bauche, distante diez leguas de allí (por el rodeo que había que dar para evitar sorpresas de las avanzadas federales), en unos viajes nos surtieran de harina, en otros de maíz, azúcar y café, en otros de ganado y en otros de todo lo demás. Así se hizo. Según iban llegando aquellos bastimentos, se repartían a toda la división; y de esa manera logramos sostenernos, aunque es lo cierto que no sin muchas dificultades.

Tuve yo por aquellos días un altercado con el filibustero italiano Giuseppe Garibaldi, que traía cien hombres, todos filibusteros como él, italianos unos y norteamericanos otros. Lo que sucedió fue que estando descansando yo un día a la sombra de mi tienda, se me presenta un soldado de mis fuerzas y me

pide permiso para hablar conmigo. Yo le contesto que me diga lo que quiere. Él me dice:

—Mi coronel, al pasar por el campamento del coronel Garibaldi, éste me mandó desarmar y ahora no quiere devolverme ni mi rifle ni mi parque. Se lo comunico a usted para su debido conocimiento.

Interrogué yo entonces al soldado sobre los motivos que el Garibaldi podía tener para desarmar así un hombre mío; y como él insistiera en que su solo delito era haber ido de paso por aquel campamento, decidí poner al referido Garibaldi un recado de mi puño y letra. El recado contenía esto: "Señor Garibaldi, tenga usted la bondad de entregar a mi soldado su rifle y su parque. Si usted tiene algún motivo de queja contra él, pase a exponerla, que yo no me meto con su tropa de usted para que usted no se meta con la mía.—Francisco Villa".

El mismo soldado llevó el dicho papel, y el Garibaldi me contestó al reverso lo siguiente: "Señor Francisco Villa, no entrego nada de rifle ni de parque. Si usted es hombre, yo también lo soy. Pase, si quiere, a recogerlos.—Giusseppe Garibaldi".

Mirando yo aquella respuesta tan descompasada, me indigné, señor. Porque además de que mi papel me parecía, según yo opino, demasiado atento, y en nada ofendía a Giusseppe Garibaldi, él por el contrario daba muchas muestras de querer tener conmigo violencias o querellas. Y más arreciaba mi indignación, considerando yo que se trataba del proceder de un filibustero que, no contento con venir a entremeterse en nuestros asuntos, pretendía rebajar mi reputación de hombre valeroso, cosa que yo no podía sufrir, ni por mí mismo ni por el bien de la causa que andábamos defendiendo. Mandé, pues, en el acto, montar treinta hombres de los más aguerridos que había entre mi gente, y sin más, me dirigí al campamento del referido Giusseppe Garibaldi.

CAPÍTULO XI

PANCHO VILLA Y PASCUAL OROZCO LOGRAN PROVOCAR, CONTRA EL PARECER DEL GENERAL VILJOEN, EL ATAQUE A CIUDAD JUÁREZ. A ESPALDAS DEL SEÑOR MADERO HACEN SU PLAN Y DE ESE MODO CONSIGUEN EL TRIUNFO DEFINITIVO DE LAS ARMAS REVOLUCIONARIAS

La respuesta de Garibaldi.—Un soldado mexicano.—Los intrusos.—Un abrazo delante de Madero.—Pascual Orozco.—Conciliábulos de Pancho Villa.—El general Viljoen.—Órdenes del señor Presidente.—El plan secreto.—La “Esmelda” y el “Rokail”.—Los quince hombres de José Orozco.—Empieza la batalla.

Al frente yo de mis treinta hombres, me encontré a Giuseppe Garibaldi como a cincuenta pasos de su campamento. Le marqué el alto. Le eché en cara su mal proceder. Le dije yo:

—Ni usted ni toda su gente junta implican nada para mí, señor. Para demostrárselo vengo tan sólo con treinta hombres, masque sean buenos, como todos los míos, pues con ellos me basto yo y me sobro para recoger no tan sólo el rifle y el parque de mi soldado, tocante a lo cual ya no hay nada que decir, sino también las armas de usted y sus municiones, y las de cada uno de los soldados intrusos que son a sus órdenes. Y todo esto, señor Garibaldi, es con el ánimo de convencerlo de que yo sí soy hombre, y no hablador como usted.

Como él me dijera entonces que también era muy hombre, le eché encima el caballo y le di con la pistola un golpe en la cabeza, del cual él se resintió. Yo le añadí:

—¡Entrégueme esa pistola que trae ceñida al cinto, don tal!

Y mustio y callado, él, que hacía un momento quería aparecérseme una pantera, se convirtió en cordero, y sin replicar nada se quitó la pistola, que me dio junto con la espada y el rifle, tras de lo cual le ordené yo, sin más, la entrega de todas las armas de sus soldados.

Retrocedió él los pocos pasos que lo separaban de su campamento. Formó sus cien hombres, pues no tenía otros. Les mandó entregar sus armas a mis treinta soldados, que todo aquel tiempo habían permanecido neutrales esperando alguna orden mía. Y hecho el desarme sin que ocurriera ninguna peripecia, le dije yo:

—Señor Garibaldi, que esto le sirva a usted de ejemplo para que otra vez sepa que los mexicanos no consentiremos ser ultrajados por ningún extranjero, y para que alguna vez, si llega ese caso, pueda usted decir, para orgullo de mi patria y como cosa que le consta, que México cuenta con hombres de resolución dispuestos a dejar la vida en cualquier lugar por defender el buen concepto que tienen formado de esta nuestra raza y de este nuestro valor las naciones extranjeras. En una palabra, señor Garibaldi, esto, además de serle vergonzoso, porque es vergonzoso, ha de servirle para que en otra ocasión sepa que a un soldado mexicano se le trata con respeto, mayormente con precaución, y que a todos los extranjeros que traten de humillarnos nosotros les demostraremos, como yo a usted, que no son hombres para el caso. Así pues, aquí lo dejo en su campamento en absoluta libertad, y todavía debe agradecerme que no lo fusile.

Y luego luego me marché con mi gente, que llevaba las armas y municiones quitadas a los referidos filibusteros de quien se hacía pasar por descendiente directo de un grande hombre liberal italiano.

Unas dos horas después del desarme de Giusseppe Garibaldi se apareció en mi tienda de campaña un ayudante del señor Presidente. Me dijo que el señor Madero quería verme desde luego. Le contesté que estaba bien, que ya iba para allá. Y conforme lo dije, y sólo acompañado de un ayudante mío, marché en seguida a ponerme delante del ciudadano Presidente de la República.

Al quedar a solas con él, me dice así sus palabras:

—¡Hombre, Pancho! ¿Por qué has desarmado tú a Garibaldi?

Pero yo entonces, significando con eso mi respuesta, le di el papel donde estaba escrito, por una cara, el recado mío al Garibaldi, y por la otra, su contestación.

El señor Presidente leyó ambos lados del papel; luego los volvió a leer, y luego, como por encanto, fueron borrándosele del rostro las señales que allí había de descontento por mí. Al notarlo yo, comprendí que el filibustero Garibaldi, dando otra prueba de su pequeñez, había ido a inventar alguna fábula que le favoreciera ante los ojos del señor Madero y que a mí rebajara, o más bien, que empañara mi nombre, masque sólo fuera por un momento. Pero es lo cierto que mirando el señor Presidente aquellas pruebas que yo le entregaba, las cuales iban escritas por los dos, y firmadas también por los dos, quedó convencido, en su buen ánimo, de que una vez más Pancho Villa había procedido en su legítimo derecho, y también en servicio del honor nacional. Porque entonces cambió de tono el señor Madero y se expresó conmigo en palabras cariñosas, tocante a las cuales me daba palmadas en el hombro.

Me dijo él:

—Pancho, yo quiero que Garibaldi y tú vuelvan a mirarse como buenos amigos. Tú haces lo que yo te mande, ¿no es verdad?

Le contesté yo:

—Sí, señor. Yo hago todo lo que usted me mande.

Entonces él me dijo:

—Pues voy a mandar traer ahora mismo a Garibaldi para que los dos se den un abrazo delante de mí, y después vas tú y le entregas sus armas.

Yo le contesté:

—Está bien, señor Presidente; se hará todo lo que usted ordene.

El Garibaldi fue llamado, nos dimos un abrazo en presencia del señor Madero y luego marchamos juntos a mi campamento, donde le hice entrega de sus armas y municiones, con lo que acabó la dicha peripecia.

En varias juntas que habíamos tenido los principales jefes de la Revolución, y las cuales presidía el señor Madero, se había estado mirando la posibilidad o la imposibilidad de tomar la plaza de Ciudad Juárez. El señor Madero opinaba siempre que aquel intento era muy arriesgado, y se sometía siempre al parecer de un general boero, de apellido Viljoen, según el cual resultaba imposible para cualquier ejército la toma de aquella plaza, por sus muchas y muy grandes fortificaciones. Es decir, que no obstante que Pascual Orozco y yo insistimos muchas veces en que, al menos por dignidad, debíamos arriesgar el asalto, pues era vergonzoso retirarse sin siquiera intentarlo, el señor Presidente no dejaba de manifestarnos su oposición en aquel negocio de tan grandes consecuencias.

En eso estábamos cuando el mismo día que desarmé yo al Garibaldi y le devolví sus armas, Pascual Orozco me vino a buscar.

Me dijo él:

—¿Qué piensa, compañero, que debemos hacer tocante a la toma de Ciudad Juárez? Ya usted ve que el señor Presidente es de opinión que no atacemos la plaza y que nos vayamos para Sonora.

Le contesté yo:

—Pues según yo pienso, compañero, debemos lanzarnos al ataque, porque la verdad es que toda la gente nos tacharía de cobardes al considerar que nosotros, después de tantos días de permanecer aquí con un propósito, nos retirábamos sin hacer nada. Creo que por dignidad de hombres revolucionarios debemos arriesgarnos al ataque, y soy de opinión que mandemos algunos hombres de la gente de José Orozco a que se acerquen a provocar las avanzadas federales, lo que las obligará a tirotearse con ellos. Nosotros, al oír el tiroteo, haciendo como que no sabemos nada, destacamos una poca de gente con el pretexto de ver qué es lo que pasa, pero con la consigna de ayudar a los nuestros. Entonces los federales tendrán que mandar refuerzos a los suyos. Y de esta manera, paso a paso, iremos encendiendo la mecha hasta que ya no sea posible contener nuestra gente, que, como usted sabe, anda ardorosa y propuesta a la toma de Ciudad Juárez. Una vez los ánimos en ese estado, ¿qué podemos hacer nosotros, compañero? Manifestamos al señor Presidente que la cosa ya no tiene remedio, y que no hay más que organizar nuestras fuerzas y proceder de modo decidido al asalto y toma de la población para alcanzar al final la victoria o la muerte. Entonces él, viendo las circunstancias expuestas de esa manera, no tendrá otra opción que acceder a nuestros deseos. ¿Qué le parece, compañero?

Pascual Orozco me contestó:

—Me parece bien.

Y entre los dos quedó convenido que al pardear la tarde se comunicarían a José Orozco, con muy grande reserva, nuestras primeras providencias. Es decir, que él tenía que mandar quince hombres que fueran bajando la corriente del río hasta provocar a los federales, pero sin internarse en la población, sino más bien procurando atraérselos fuera de las casas.

Para que no se sospechara que nosotros éramos los autores de la estrategia, Pascual Orozco y yo atravesamos esa tarde el río por la parte de la Esmelda, una fundición que así se nombra, y nos fuimos a quedar la noche en El Paso.

Tal como lo quería nuestra orden, así se cumplió. Otro día siguiente, a la hora indicada, oímos el tiroteo que según nuestro conocimiento tenía que ocurrir. Preguntando, como quien nada sabe, que qué sucedía, nos dijeron:

—Pues que ya los suyos y los federales se están agarrando.

Pascual y yo tomamos entonces un automóvil cada uno y dimos orden de que a grande velocidad nos llevaran hasta la Esmelda. Allí llegamos los dos al mismo tiempo, y los dos nos apeamos junto al puente colgante del ferrocarril que llaman de Rokail, por donde pasamos juntos y con mucha prisa.

Ya en nuestro terreno encontramos allí con que el señor Presidente nos sale al paso. Nosotros seguíamos con el fingimiento de no saber nada, por lo que le preguntamos cuál era la causa de aquel suceso. Nos dice él:

—¡Qué ha de pasar, hombre! Que ya algunos de nuestros muchachos se están tiroteando con los federales. Vayan inmediatamente, vayan a retirar esa tropa de allí.

Le contestamos Pascual Orozco y yo:

—Está muy bien, señor Presidente.

Y los dos nos retiramos, pero no con intenciones de alejar la fuerza que andaba en el tiroteo. Antes es la verdad que en seguida mandamos cincuenta hombres más que ayudaran en su pelea a los otros quince.

Se nos aparece de allí a poco el señor Madero y nos dice:

—¿Qué sucede con esa gente? ¿No han conseguido retirarla?

Nosotros le respondemos:

—No, señor. Nos comunican que aquellos hombres andan muy dispersos y que no los han podido juntar por lo muy fuerte del tiroteo.

Él nos repite:

—Pues a ver qué hacen, pero inmediatamente hay que retirar esa fuerza de allí.

A lo que le contestamos los dos:

—Está muy bien, señor Presidente. Mandaremos más fuerza, a ver si se consigue reunirlos.

Y así lo hicimos, sólo que aquella otra gente iba también con la consigna de avivar todavía más la mecha, que ya estaba ardiendo.

Empezaba a oscurecer cuando el señor Madero vuelve a presentársenos.

Nos habla entonces con acentos de contrariedad; nos expresa las siguientes palabras:

—¿Qué sucede, por fin? ¿Retiran o no retiran esa gente?

Y allí fue el contestar nosotros según de antes estaba previsto. Le dijimos los dos:

—Señor Presidente, esa retirada es ya imposible. Los ánimos andan muy exaltados. La gente toda ya no quiere más que pelear, y en estas condiciones nos resulta muy difícil, y creemos nosotros que de mucho riesgo, el tratar de contenerla. No hay, pues, más remedio que disponer en forma el ataque de la población, o dejar morir uno a uno los hombres que ya están peleando y granjearnos de ese modo la malquerencia de todas las tropas, que verán en nuestros actos señales de cobardía y anticipos de ruina para la causa.

Yo comprendí entonces, según el señor Madero escuchaba lo que decíamos, que si vacilaba él ante el ataque a Ciudad Juárez no era por falta de fe. Era por sentir mucho su responsabilidad de jefe de la Revolución. Nosotros, en nuestro ardor de hombres militares, atendíamos por encima de todo al mero azar de la guerra. Como hombre civil, y como responsable del futuro revolucionario, él esperaba, en favor de la Revolución, la alianza de los acontecimientos políticos que van produciéndose con el correr del tiempo. Y yo no niego que la razón podía estar con él; pero la verdad es que, según yo creo, entonces estuvo con nosotros.

El señor Madero nos contestó:

—Pues si es así, ¡qué le vamos a hacer!

Orozco y yo, que sólo esa orden esperábamos para determinar lo más conveniente, concertamos en pocos minutos todo el plan de aquel ataque. Nuestras disposiciones fueron así: que él entraría por el río con quinientos hombres hasta tomar la Aduana; que José Orozco, con doscientos hombres más, avanzaría por donde ya estaban agarrados los federales y los nuestros, y por último, que yo atacaría por la parte sur, o sea, por donde se encuentra la estación del Ferrocarril Central.

Dadas nuestras órdenes y tomadas nuestras mejores providencias, ambos jefes, Pascual Orozco y yo, Pancho Villa, dispusimos en muy buen orden nuestra gente, y siguiendo los derroteros que tuvimos por más favorables, emprendimos nuestra marcha hacia los puntos que nos habíamos asignado para comenzar el ataque.

Aquel día, 8 de mayo de 1911, no se debiera olvidar entre los hombres revolucionarios. Porque Orozco y yo, que éramos en verdad los jefes directos de las tropas de la Revolución, habíamos conseguido trabar los hechos de manera propia para nuestra acción. A espaldas del señor Madero, que era el Presidente de nuestra República, pero no hombre militar, nosotros estábamos

poniendo los medios de alcanzar una gran victoria, o de morir en el combate. Así lo manda a veces el deber de la guerra. A un jefe civil puede ocultársele lo que más abajo ven los ojos militares de sus subordinados, y si lo que se juega entonces es todo el bien de una campaña, cuanto más de una revolución, el subordinado, si es de veras hombre militar, debe desde su puesto de obediencia dar oído a su deber; o sea, debe recobrar él con maña la dirección de las cosas militares.

CAPÍTULO XII

PANCHO VILLA HACE GRAN PAPEL EN LA TOMA DE CIUDAD JUÁREZ
Y SABE PORTARSE COMO NOBLE Y GENEROSO VENCEDOR AL LADO DE
DON FRANCISCO I. MADERO

El cementerio de Ciudad Juárez.—El corralón de los Cow-boys.—La estación del Ferrocarril Central.—Las casas y paredes de Ciudad Juárez.—Una columna poderosa.—El general Juan J. Navarro.—Las derrotas y el destino.—Rendición.—La opinión de Viljoen.—Muertos y prisioneros.—El pan de la tropa.—Un convite en El Paso.—Villa como anfitrión.—El honor de los oficiales federales.

Para el ataque a Ciudad Juárez, yo hice mi derrotero por el lomerío que va a dar al panteón. Estuve toda la noche cerca del dicho panteón, metido con mis fuerzas en uno de los arroyos que por allí pasan.

En aquel sitio me puse a meditar cómo haría yo lo más conveniente para poder entrar bien en lucha con el enemigo a las cuatro de la mañana. Pascual Orozco y yo habíamos resuelto aquel ataque menospreciando la opinión del señor Madero. Era mucha y muy grande nuestra responsabilidad. Considerando, además, las buenas fortificaciones de los federales, los riesgos que aguardaban a nuestras tropas podían acrecentarse si no poníamos acierto en cualquiera de nuestras providencias. Y más lo pensaba yo así sintiendo quedo en las sombras de la noche el campamento de mis soldados junto al campamento. El jefe militar que siente dormir sus fuerzas la víspera de un combate que él prepara, no logra acallar, si es jefe que quiere a sus soldados, el rumor que la muerte hace en cada uno de sus hombres dormidos.

Yo formé mi plan. Y lo que sucedió fue que a la dicha hora, es decir, a las cuatro de la mañana del 9 de mayo de 1911, logré llegar con mi gente hasta cerca de las bodegas de Kételsen, un comercio que así se llama, y allí rompí el fuego.

Porque conforme nos sintieron por aquella parte, nos gritaron el "¡quién vive!" desde la escuela que está frente a las dichas bodegas. Allí había una ametralladora que me causó algunas bajas y me desbarató un poco mis filas. Yo entonces traté de seguir. Pero como luego viera que estaba flanqueado, pues en el corralón que nombran de los Cow-boys había, fortificada, tropa de caballería que me hacía fuego, y desde la bocacalle inmediata, afortunada con vigas y costalera de arena, me mandaban también descargas cerradas, que en combinación con las otras me embarazaban cualquier movimiento, decidí sin más replegarme hasta la estación del Ferrocarril Central.

En el patio de aquella estación había muchos durmientes apilados. Con ellos me atrincheré. Y fuerte ya detrás de aquel abrigo, pude con calma desarrollar mi ataque contra la escuela y demás fortificaciones que he indicado. Di mi preferencia al asedio del primer punto, porque ése era por su poder, que nombran estratégico, de grande valor, para lo cual no consentí que el enemigo llevara allá ningún refuerzo, ni que se surtiera de bastimentos de boca, ni que renovara su parque. De ese modo logré que el dicho punto fuera desalojado y que, ya de noche, quedara en poder de diez de mis hombres, los cuales pudieron entonces dirigir desde aquella nueva posición certeros disparos sobre el corralón de los Cow-boys y los parapetos de la calle inmediata.

Los federales, mirándose cogidos así a dos fuegos, procedieron a replegarse en dirección de su Cuartel General. Nosotros avanzamos entonces por el interior de las casas, que nos servían de disimulo y nos amparaban. Conforme progresaba nuestro avance, nosotros íbamos horadando pared a pared para pasar de una casa a la otra. Aquélla fue muy larga y muy dura pelea nocturna, con la que amanecimos y continuamos luego a la luz del alba, hasta que nos alumbró el sol y empezaron a correr las horas de la mañana. O sea, que era ya otro día siguiente, 10 de mayo de 1911, muy cerca de las diez, cuando los federales, ahora en franco repliegue hacia su Cuartel General, me dejaron todos los heridos y prisioneros que me habían hecho la madrugada del día 9 en mi avance hacia las bodegas de Kételsen.

Mirándolos irse, y creyéndolos abatidos en su ánimo, empezamos nosotros a tomar las posiciones que nos abandonaban. Pero entonces vimos que de la plaza del mercado se desprendía una fuerte columna. Estaba compuesta,

al parecer, de sesenta infantes, unos cien dragones, dos morteros y una batería de ametralladoras; marchaba sobre nosotros con muy grande resolución, como para romper el cerco por aquella parte. Dicha columna venía mandada por el general en jefe de las fuerzas federales, Juan J. Navarro.

Pero es lo cierto que no consiguieron su propósito, pues al descubrirlos nosotros en aquella actitud, los recibimos con descargas nutridas, y aunque su artillería hacía grandes estragos en las casas abriendo boquetes en las paredes, ni aquello ni nada desanimaba a mi gente.

Según antes he indicado, nosotros teníamos ya minas abiertas por entre todo el caserío, y así podíamos atacarlos a ellos por diferentes rumbos, y muchas veces a muy corta distancia de sus filas. Al fin, ésa fue la razón de que el valiente defensor de la plaza, mirando la imposibilidad de consumir su intento de salida, tocara reunión y dispusiera un ordenado replegamiento hacia su Cuartel General.

Mi gente, más animosa a la vista de aquello, se precipitó entonces con muy grandes bríos sobre los federales. Ellos siguieron retrocediendo, pero siempre con mucho orden y batiéndose en valerosa retirada. Conforme mandaba yo el combate, veía al general Navarro arengando a su gente, y animándola, y dirigiéndola. Y es la verdad que no les amedrentaba el nutrido fuego que nosotros hacíamos sobre él y todos los suyos, y que así lograron retroceder hasta su Cuartel General.

Después de aquella retirada, costosa para el enemigo, no obstante su valor, el general Navarro apreció serle imposible una salida. Y como también fuera aquello grande indicio de la superioridad de ánimo de nosotros los revolucionarios, decidió al fin tocar parlamento, considerando sin duda que iba a resultarle inútil continuar en su resistencia.

A la luz de mi juicio, yo creo que el general Navarro hizo bien. Los revolucionarios estábamos propuestos a tomar aquella plaza. Nuestras providencias, o sea, las que ordenamos Pascual Orozco y yo, Pancho Villa, estaban calculadas para consumir el triunfo, y así, de nada les hubiera aprovechado a ellos resistir, cuantimás que las tropas federales sólo estaban cumpliendo con su deber militar, por ser ellas las que desde mucho tiempo antes pagaba de su peculio el gobierno de la tiranía. Mas el ejército nuestro, nombrado por eso el Ejército Libertador, se movía dentro de los impulsos del pueblo, y obrando con los dichos impulsos tenía que resultar invencible.

Creo por esto que el general Navarro hizo bien en abreviar los padecimientos de Ciudad Juárez y en limitar a tiempo el quebranto de sus tropas.

Un hombre militar debe doblegarse, en su hora justa, ante las derrotas que le guarda su destino.

La rendición de Ciudad Juárez se efectuó a las tres de la tarde del día 10 de mayo de 1911. De los jefes sitiadores, el primero en entrar al cuartel donde estaba el general Navarro fue el teniente coronel Félix Terrazas, de mis fuerzas, con una parte de la gente mía. Yo vi, al llegar a dicho cuartel, cómo él y mis hombres recibían de manos del general Navarro la espada que él les estaba entregando.

Mirándome entrar Félix Terrazas, él me dice:

—¿Qué hacemos, mi coronel?

Le contesto yo:

—Junta usted toda la oficialidad rendida y le pone una fuerte escolta; manda formar los soldados prisioneros; recoge las armas y municiones, y conforme esté efectuado todo esto, ordena el desfile de esos soldados hacia la cárcel, donde han de quedar a merced del jefe de la Revolución.

Y dictadas por mí aquellas providencias, quebré mi caballo y salí a media rienda, seguido sólo de mi asistente, a dar al señor Presidente de la República cuenta de que la plaza de Ciudad Juárez había caído en nuestro poder, no obstante la honorable opinión del señor general Viljoen.

Cuando oyó mis palabras, el señor Madero se quedó dudoso de lo que yo le decía. Me preguntó él:

—¿Qué dices, Pancho?

Le contesté yo:

—Que nos vayamos para Ciudad Juárez, señor Presidente; que la plaza es nuestra; que al general Navarro lo acabo de dejar preso bajo la custodia del teniente coronel Félix Terrazas. O sea, que el Ejército Libertador ha triunfado, pues con la toma de esta plaza la situación, en lo futuro, seguirá a nuestro favor.

Entonces él, dándome un cariñoso abrazo, me expresó las siguientes palabras:

—Lo haremos en este momento. ¿Tú dices que en seguida te vuelves para organizar tu gente? Pues creo que harás bien. Pancho, procura que los soldados no roben ni tomen bebidas embriagantes. Así evitaremos cualquier dificultad.

Y yo monté de nuevo en mi caballo y me regresé para Ciudad Juárez, tal y como había venido.

Llegué allá. Di a la oficialidad orden de que sin pérdida de tiempo me reunieran toda la gente para acuartelarla. Así se hizo. Y a las cinco de la tarde todos nuestros hombres estaban acuartelados en el edificio de la escuela y en las quintas inmediatas.

En seguida envié diez hombres al camposanto para que abrieran una fosa donde sepultar todos los muertos que los federales le habían hecho a mi fuerza. Mientras ellos cavaban, yo, con otros quince hombres, me ocupé de recoger los cadáveres y ponerlos en unos carros que los llevaran a recibir su sepultura.

Terminada aquella operación me dediqué a lo principal. Me dirigí a la panadería de José Muñiz. Le ordené que pusiera todos sus panaderos a labrar la mayor cantidad de pan posible, lo cual hizo él en el acto. Y como me dijera que para las cuatro de la mañana podía yo disponer de pan caliente, a la dicha hora me presenté a recibirlo, lo encostalé en costalera de malva, y me lo llevé.

A las cinco de la mañana penetraba yo a la cárcel. Allí repartí diez costales de pan entre los soldados federales, más algunos barriles de agua que hice meter para ellos, pues por el momento no había otras provisiones preparadas. Esto lo hice yo comprendiendo que mis fuerzas se encontraban en iguales circunstancias de hambre, cuando no peores, que los soldados federales, pero creyendo también que mi deber de vencedor era procurar primero alimento a los vencidos.

Porque en la guerra el hombre vencedor sobrelleva con buen ánimo la más grande necesidad, mientras que el vencido, y más si sobre vencido es prisionero, renueva a cada una de sus privaciones toda la amargura de su derrota, que es lo más amargo que hay. Por eso el vencido, si para él su causa es buena, merece la misericordia del vencedor, el cual no debe agravar el castigo de la derrota. Solamente los desleales, o más bien, los traidores, y los jefes crueles que se ensañan con las poblaciones civiles, y se vengan en los parientes de sus enemigos militares, y matan sin motivo los prisioneros que cogen, no tienen en la guerra ningún derecho a la compasión de los hombres guerreros que los vencen, porque la guerra es así.

Digo, pues, que al verme entrar llevando bastimento, los federales presos en la cárcel me aclamaron con muy grande gratitud.

De allí me fui a realizar con mis soldados la misma operación. Mas como no alcanzara el pan para todos, organicé desde luego varias escoltas al mando de sus respectivos oficiales y clases y les di orden de salir en busca de alimentos y regresar pronto a sus cuarteles.

Así se hizo.

Fueron muchos mis deberes de aquel día. Tomadas las anteriores providencias, me dirigí al Cuartel General, donde estaban los oficiales prisioneros y el general Navarro. Le di un abrazo al dicho general, pues aunque yo sabía que antes nos había hecho muy grande daño, no quería dejar libres mis instintos justicieros tocante a ninguna persona. La victoria, que había sido hermosa y de grande provecho, no se debía empañar.

Luego le dije:

—Señor general, voy a llevarme al Paso, a comer conmigo, a nueve de sus oficiales, pues aquí estamos ahora en la miseria.

Y él me contestó:

—Está en su mano. Son sus prisioneros, coronel.

Yo invité entonces a nueve oficiales, de nombres que no recuerdo, a subir en dos automóviles que con ese objeto había mandado traer del Paso, y con ellos me trasladé a la dicha ciudad. En un hotel llamado Hotel Zieger, que allá había, comimos todos en convite de amistad muy cariñosa. Tan amable era el trato suyo y el trato mío, que mirándonos cualquiera, no se hubiese imaginado que aquellos oficiales eran mis prisioneros y yo su vencedor.

A la hora de pagar, algunos de ellos intentaron hacerlo. Yo les dije:

—No, señores. A ustedes los he invitado yo, y conforme a eso yo soy quien debe pagar. Así pues, como estimo en ustedes muy grande caballerosidad, espero que no me ofenderán tratando de usurparme mi derecho.

Luego, según acabábamos de bebernos una cerveza, yo les añadí:

—Señores, agradezco a ustedes que hayan aceptado mi invitación. Ahora, si no tienen inconveniente, regresaremos a Ciudad Juárez.

Entonces uno de ellos preguntó a otro:

—¿No te agradecería ahora quedarte en El Paso Texas?

Yo pienso que tal vez expresó él aquellas palabras con sólo la intención de bromear. Cuando así no fuera, es lo cierto que antes que yo pudiera observar nada, uno de los capitanes lo atajó, diciéndole:

—¡Cómo, señores! Este caballero nos ha invitado a comer. Somos sus prisioneros. Al traernos se ha fiado de nuestro honor. Por lo tanto estamos obligados a no comprometerlo y a regresar con él a Ciudad Juárez, para permanecer allí mientras no se determine otra cosa, sin olvidar jamás la noble acción que ha tenido con nosotros. Señores, Pancho Villa es un caballero y nosotros también. Debemos acompañarlo.

Así se hizo. Todos se pusieron en pie. Subimos a los automóviles y regresamos a Ciudad Juárez. Y como allí se decía ya por algunos de mis com-

pañeros que los oficiales federales no regresarían más, causó grande admiración el ver cómo todos volvían conmigo.

Hice yo aquel acto para demostrar que los hombres revolucionarios éramos generosos y de buena civilización. Y la verdad es que los nueve oficiales también demostraron que en las tropas de la Federación había hombres de honor. Pudieron ellos haberse aprovechado de mi conducta generosa para quedarse en El Paso, de donde yo no hubiera podido traerlos; pero no quisieron abusar de mi confianza. Además de eso, se portaron tan señores, que en dichos oficiales nada tuve que censurar, menos la pregunta antes indicada. Aunque aquella pregunta, que a mi parecer fue de broma, sólo sirvió para que luciera más claro el buen comportamiento de todos.

CAPÍTULO XIII

PANCHO VILLA SE INSUBORDINA ARRASTRADO POR PASCUAL OROZCO,
Y TRIUNFANTE LA REVOLUCIÓN, SE RETIRA A VIVIR DE SUS NEGOCIOS
PARTICULARES

Una visita de Orozco.—La conferencia secreta.—El fusilamiento de Navarro.—En el Cuartel General.—La guardia de Madero.—“¿Tú también, Pancho?”—El abrazo de Pascual Orozco.—Un complot contra el Presidente Provisional.—Los arrebatos de Villa.—Sus sentimientos y vergüenza.—Raúl Madero.—Los diez mil pesos.—Villa y sus soldados.—Cinco hombres de escolta.—San Andrés.

La tarde de ese día, como a las cinco, Pascual Orozco se presentó en mi cuartel y manifestó al oficial de guardia deseos de hablar conmigo. El oficial me mandó el recado. Yo salí en el acto, llegué al lado de Pascual y lo saludé.

Me dijo él entonces:

—Compañero, vengo a molestarlo porque tengo que tratar con usted un asunto de mucha gravedad.

Le contesté yo:

—Pues pase usted.

Pero me respondió él:

—No, compañero. Yo lo esperaré a usted en mi cuartel. Es muy grave el negocio, y por delicadeza debemos tratarlo los dos solos; sus consecuencias pueden ser muchas. Como le digo, mejor yo lo espero allá.

Delante del misterio de sus palabras, yo le ofrecí ir en seguida. Él picó espuelas y se marchó.

Y como lo dije, lo hice. A pie me fui, aunque sin perder ni un momento, al cuartel de Pascual Orozco. Él salió a recibirme tan pronto como le avisaron que yo allí estaba, y me introdujo en sus habitaciones. Según estuvimos solos los dos, empezó a tratarme aquel asunto que él consideraba de tan grande delicadeza. Sus palabras contenían esto:

—Compañero, no se habrá borrado de su memoria que a usted y a mí el general Navarro nos fusiló algunos miembros de nuestras familias. Por eso lo cito a usted: para consultarle si es de parecer que nosotros le fusilemos a él ahora, y para ver si usted opina como yo: que en el caso de que el señor Presidente nos estorbe la ejecución, nosotros rehusemos obedecer y ejecutemos a Navarro.

Y era verdad que Navarro había cometido aquellos excesos, y que, sin considerarlo yo, me había olvidado, saboreando gozoso la victoria, de volver su imperio a la justicia. Porque era de justicia castigar a Navarro por cuanto él se había ensañado con los nuestros, según venía a proponerme Pascual Orozco.

Le hablé yo así mis palabras:

—Sí, señor. Oigo buenas sus razones. Yo y mis hombres lo apoyaremos a usted para conseguir la ejecución del general Navarro.

Él me dijo entonces:

—Bueno, pues para eso quería hablarle a solas. Y puesto que está usted de acuerdo conmigo, lo resuelto se consumará mañana a las diez. Veremos al señor Presidente en el Cuartel General, le expresaremos esto que deseamos, y en vista de su contestación obraremos según convenga, pero siempre dentro de lo dicho. ¿No, compañero?

Yo le respondí:

—Sí, compañero.

Y dando por terminada aquella plática nuestra, me fui para mi cuartel.

Otro día, a la hora indicada, me presenté en el Cuartel General con cincuenta hombres míos. Ya Orozco estaba allí con toda su gente. Llegando yo, fui a saludar al señor Madero, y entonces Orozco me llama aparte para hablarme a solas. Me dice él:

—Voy a pedir ahora mismo que nos entreguen a Navarro para fusilarlo. Si me contestan que no, usted desarma en seguida la guardia del señor Presidente.

Yo le respondí:

—Está bien.

Y Pascual regresó al lado del señor Madero.

Después de un momento, asomándose por la puerta, me grita:

—¡Desármelos!

O sea, que yo comprendí que el señor Madero se oponía al fusilamiento de Navarro, y, según lo convenido, no tuve ningún reparo en cumplir mi palabra: sin más, ordené el desarme de la guardia del señor Presidente, y así se hizo.

Acabando apenas mi gente de consumir aquella operación, salió precipitadamente el señor Madero y se enteró de mi actitud.

Me dijo él:

—¡Cómo, Pancho! ¿También tú estás en mi contra?

Yo no contesté, pues esperaba que Orozco, por ser iniciador de aquel fusilamiento, diera sus órdenes para ejecutarlas yo en seguida. Pero lo que sucedió fue que entonces lo vi salir a él detrás del señor Presidente, al cual le decía estas palabras:

—No, señor; vámonos entendiendo.

Y siguieron hablando los dos, aunque sin poder yo oír lo que trataban, pues era mucho el murmullo de la tropa. Vi que terminaron por darse un abrazo, y aunque aquello, como es natural, me sorprendió al principio, luego me hizo comprender que una de dos cosas tenía que haber pasado: o a Orozco le había faltado el valor para llevar adelante el fusilamiento de Navarro oponiéndose el señor Presidente, o el señor Madero, con muy poderosas razones, había convencido a Orozco de que al referido jefe no se le debía fusilar. Y como tanto en un caso como en otro Orozco tendría que darme una explicación, armé de nuevo la guardia y luego me retiré hacia mi cuartel.

Allí permanecí aguardando a Pascual, de quien esperaba la explicación que antes indico, mas mi espera me resultó inútil: ni Pascual Orozco se presentó a verme, ni mandó siquiera alguien que me hablara.

Y aconteció después que como yo he tenido siempre buenos amigos en todas partes, al tercer día de estar yo aguardando en mi cuartel, supe por gente de mi confianza las más negras verdades de aquel suceso. Me dijeron a mí que Pascual Orozco, esperando recibir cierto dinero de algunas personas enviadas por don Porfirio para tratar de la paz, se había comprometido con ellas a consumir el asesinato del señor Presidente; y que deseoso de estar en condiciones de realizar aquel intento suyo, había tramado venir en mi busca y exigir junto conmigo el fusilamiento de Navarro, pues sabiendo él que el señor Madero jamás lo consentiría, estimaba ése el mejor camino para desconocer al Presidente y para tenerme a mí propicio al desarrollarse los hechos.

Porque en verdad que era desconocer al señor Madero no acatar una orden suya. Y si yo, no habiéndola acatado, quedaba ya de parte de quienes lo desconocían, luego tendría que imitar la conducta de los demás, o tropezaría al menos con grandes embarazos para proceder de otro modo, cosa que entonces comprendí.

Me dijeron también lo siguiente: que a Orozco le faltó a última hora valor para cumplir en persona su compromiso, o para cumplirlo en todas sus partes, y que conociendo mi carácter arrebatado, y cuanto de mi carácter se puede esperar, concibió que hiciera yo el desarme de la guardia para que el señor Madero se imaginara que yo era el principal promotor del fusilamiento, y para que yo, mirando que nos negaba nuestros deseos y que venía a enfrentarse conmigo disparara sobre él, con lo cual se consumaría su muerte, y todo quedaría hecho. Pascual Orozco, de ese modo, saldría limpio de toda culpa, y yo, Pancho Villa, aparecería como el verdadero y único asesino.

Fue aquella una trama muy perversa y muy sombría. Pero es lo cierto que Orozco se engañó en cuanto a mi persona. Ignorante yo de todo, no iba más que a pedir el fusilamiento de Navarro, y como según mi conciencia de hombre militar sólo manda bien el que obedece bien, yo iba obedeciendo órdenes de Pascual Orozco, que había asumido la jefatura de aquel acto nuestro. Por eso, mirando cómo él no me mandaba nada al encararse conmigo el señor Madero, ni daba paso para que el fusilamiento de Navarro se realizara, volví a armar la guardia del Presidente, no obstante que yo no tenía allí más que cincuenta hombres, y Pascual Orozco todas sus fuerzas; y me retiré a mi cuartel sin que saliera una sola palabra de mi boca. Y pienso yo que acaso por esto se frustró del todo el atentado de Orozco contra el señor Presidente.

Según es mi memoria, la existencia de aquel negro complot fue luego cosa pública, y bien sabida, y muy notoria en Ciudad Juárez. Pero los hechos son como antes he indicado, y conforme a ellos ha de juzgárenos a cada uno y se ha de apreciar en cada uno nuestra responsabilidad. De lo que yo deba responder no me justifico. Es lo cierto que al lograrse nuestra victoria de Ciudad Juárez, que fue hermosa y grande, yo no sentía en mi ánimo los impulsos de la venganza, ni quería oscurecer el triunfo con castigos sanguinarios. Pero es la verdad que Orozco prendió en mí el justo deseo de proceder con Navarro como él había procedido con la gente nuestra, y que olvidándome yo de que ya había dado al referido jefe federal un cariñoso abrazo de concordia, no perseveré en mi actitud de perdón y me dispuse a exigir su muerte. Y es también verdad que me sentí sumiso a la invitación de Pascual Orozco, y fui, al

lado de él, propuesto a obtener del señor Madero que aquella muerte se nos concediera. Pero también digo que esto último fue creyendo yo que podíamos obligar al señor Madero a que nos otorgara lo que le pedíamos sin dejar por eso de seguir mirándolo como nuestro Presidente y como jefe de nuestra Revolución, ya triunfadora. Comprendo que en eso me engañé, o más bien, que dejé que la invitación de Orozco me engañara. Mas mi ánimo no cobija duda de que para mí el señor Madero era intocable, o sea, que yo desarmé su guardia pensando que así no tendría él fuerza para impedir el fusilamiento, mas no para atentar contra su persona, ni menos para consentir que nadie atentara. Según es mi parecer, al reflexionar ahora sobre aquel suceso, creo también esto más: si llevando nosotros adelante nuestro plan, es decir, el plan de que yo tenía noticia, no el complot de Orozco, el señor Madero llega a interponerse entre Navarro y mi fuerza o entre Navarro y las fuerzas de Orozco, yo, Pancho Villa, a la cabeza de toda mi gente, me hubiera puesto al lado del señor Madero llegada la hora de decidir.

Aquella fue la verdad de cuanto entonces sucedió.

Tres días después de nuestra insubordinación, Raúl Madero, hermano del señor Presidente, se presentó en el cuartel de mis tropas.

Él me dijo:

—¿Qué sucede con usted? ¿Por qué no se ha aparecido por donde está Pancho?

Diciendo "Pancho" se refería a su hermano, el señor Presidente. Yo le contesté:

—¡Cómo por qué! Pues porque yo sí soy hombre de sentimientos y de vergüenza. ¿No sabe usted el crimen que iba a cometer Pascual Orozco, y cómo yo, inocentemente, anduve muy cerca de consumarlo con él?

Él me respondió:

—Sí, pero todo eso lo hemos aclarado, y ya nadie duda de cómo hay en usted muy grande inocencia.

Entonces nos abrazamos, y así abrazados nos pusimos a llorar, yo mojándolo a él con mis lágrimas, y él mojándome a mí con las suyas.

Pasado aquello me expresó lo siguiente:

—Vámonos a la Aduana. Ahorita mismo le hablo yo a mi hermano Pancho.

Así lo hicimos. Nos dirigimos en seguida al referido edificio, que era donde posaba el señor Madero, y allí esperé que Raúl hablara con él. Cuando salió, sin tardar mucho, me dijo que el señor Presidente me esperaba.

Al entrar yo al salón donde se encontraba el señor Madero, él, levantándose de su asiento, vino a recibirme. Me cogió del brazo, como lo había hecho meses antes para pedirme el desarme de Salazar. Me dijo estas palabras:

—¿Tienes algo que decirme, Pancho? Ven y hablaremos a solas.

Sin soltarme del brazo me llevó con él. Le dije yo entonces:

—Señor Presidente, yo quiero entregar a usted todo lo que se halla a mi cargo, porque yo soy hombre de sentimientos y de vergüenza.

Y él me contestó:

—Bueno, Pancho. ¿Te parece que dejemos a Raúl al frente de tus tropas?

Éstas fueron mis palabras:

—Sí, señor: lo que usted ordene. Pero con el fin de que mis tropas queden contentas y acepten y respeten a Raúl como jefe, deben ignorar que me separo de ellas para siempre. Si usted me autoriza les diré que me ordena usted salir al desempeño de una comisión, y que mientras yo esté ausente las mandará Raúl.

Él me añadió:

—Está bien, Pancho. Hazlo así. Dispondré que te den veinticinco mil pesos para que te pongas a trabajar.

Mas como yo le respondiera que no había defendido la causa por interés de dinero, sino sólo para conseguir con el triunfo las garantías que nos negaban a los pobres, o sea, que yo me retiraba a vivir de mi trabajo si las dichas garantías me las ofrecía él, puesto que la Revolución ya había triunfado, desde luego me las prometió.

Él me dijo:

—Pancho, esas garantías las tendrás tú, como va a tenerlas todo el pueblo. Yo te las prometo y yo te las cumpliré. Pero si no quieres tomar todo el dinero que te ofrezco, acepta a lo menos una pequeña cantidad. Voy a darte una orden para que te entreguen diez mil pesos.

Yo, resistiéndome todavía, le indiqué que mejor me diera una carta orden para cobrar ese dinero de allí a dos meses, la cual me hizo él en el acto, toda de su puño y letra. En seguida llamó a Raúl y le dijo estas palabras:

—Ponle a Pancho el tren que quiera para irse. Recibe las tropas que estaban a su mando y haz que le entreguen diez mil pesos. Ve tú mismo a dejarlo a la estación.

Como también quería el señor Presidente que me llevara una escolta, le manifesté que sólo tomaría cinco hombres que me acompañaran y me despedí de él.

Saliendo de allí Raúl y yo, fuimos a que me entregaran el dinero, que decidí cobrar desde luego en obediencia a las últimas palabras del señor Presidente, y luego nos dirigimos al cuartel. Allí di a reconocer a Raúl ante mis fuerzas. Les dije a mis soldados que la comisión que el señor Presidente me confiaba duraría de quince a veinte días, y que mientras volvía yo, respetaran y obedecieran a Raúl Madero como jefe de ellos.

Me prometieron hacerlo así. Tomé los cinco hombres que habían de acompañarme. Nos dirigimos a la estación, con armas, caballos, monturas, y dotación de setecientos cartuchos cada uno. Como el tren ya estaba dispuesto, nos subimos a él. Y conforme me despedí de Raúl, salí por la vía de Casas Grandes hacia Pierson.

De aquel punto marchamos por tierra rumbo a Las Varas. De allí continué mi viaje a San Andrés, en otro tren que me dieron. En San Andrés, al saberse mi llegada, se me presentaron muchas esposas y viudas de soldados míos que me habían seguido en toda la campaña. Y como dichas mujeres no tenían qué comer, siendo de aquel pueblo, donde los vecinos habían dado todo lo suyo a nosotros los hombres revolucionarios, en el mismo tren mandé traer mil quinientos hectolitros de maíz de la hacienda que se nombra Hacienda de Ojos Azules y los repartí entre todos los pobladores.

De aquella distribución de bastimento di cuenta al señor gobernador del estado, don Abraham González, con lo cual terminó mi campaña de 1910 a 1911, pues a partir de ese día me dediqué sin interrupción a mis negocios particulares.